



RAMÓN RODRIGUEZ

Revistas, fascículos, folletos, libros, divulgaciones que en un índice de materias sólo cabe catalogar en los apartados de «ciencias naturales», «ingeniería» y afines, van colonizando poco a poco los quioscos de prensa.

# EL QUIOSCO DE LA CIENCIA BARATA

JUAN CUETO

**E**S un caos aparente. Llevo varios días acechando al quiosco de la esquina en el instante de colocar las mercancías de la galaxia Gutenberg para seducir la mirada del peatón, y concluyo que aquello está perfectamente estudiado, aunque a primer vistazo parezca un galimatías, un follón. Hay una zona del quiosco —generalmente la izquierda según se mira, pero también puede ser la contraria— reservada para la exposición de las publicaciones que tratan de eso que hemos dado en llamar «la actualidad», sean diarias, semanales o mensuales. Al lado opuesto, todo lo demás, nada de improvisación.

El tipo abre los paquetes altamente promiscuos de las distribuidoras y sin

dificultad alguna, con desparpajo insólito, instintivamente, reparte las publicaciones a derecha e izquierda. La actualidad para un lado; el resto, para ese otro territorio aparentemente intemporal.

Rara vez se equivoca desde que lo observo. Sabe el quiosquero lo que se trae entre manos. Basta fijarse un poco en esa diaria hojarasca de portadas, títulos, cabeceras, titulares, colorines, cuerpos tipográficos y pornográficos, rostros, famas, alarmas y mucha digresión impresa que jalonan las aceras del país, para entender que allí también reina el orden a pesar de las caóticas apariencias. Me fascina la naturalidad que le echa el vendedor de Prensa a la compleja división del microcosmos informativo en dos grandes mitades, irreconciliables; articulando sin pizca de pedantería una de esas dualidades tremebundas que

traen de cráneo a los graves comunicólogos. El, como los políticos y periodistas, tiene muy claro lo que es *actualidad*.

Por eso no duda en avecindar los adjustos periódicos de la mañana con los semanarios del corazón, el sensacionalismo del atardecer amarillento con las austeras revistas del viernes de los misterios dolorosos, la barriga de lady Di con las colas de una Polonia que se muerde la cola, los titulares a cinco columnas de rumores altamente percederos con la envidiable Prensa flemática extranjera, la grosera dialéctica golpista con la obvia analítica liberal. Porque todo eso es lo que suele escribirse, exhibirse y venderse como «actualidad», por encima de colores, formatos, ideologías, empresas, periodicidades, tonos, tipografías, firmas o estilismos. Versiones y subversiones impresas de la actualidad dominante. ▶

# EL QUIOSCO DE LA CIENCIA BARATA

## Del amarillo al caqui

Mi zona favorita del quiosco es la que está al otro lado de esa clase de actualidad. Es esa superficie abigarrada que expone publicaciones que fingen intemporalidad, revistas monográficas, fascículos, *digests*, pornografía dura y blanda, coleccionismos, folletos mensuales especializados, best-sellers de la quincena, tebeos y divulgación científica y técnica de alta, baja o infima categoría. Ahí es donde leo yo la actualidad que me interesa, y no al otro lado. Porque los signos del presente, opino con todos los respetos, ya no están en esos titulares que intentan desesperadamente mantener por otro día más la atención a costa del juicio más largo y redundante del mundo, en ese coyunturalismo crónico, hiperbólico hasta la obscenidad, administrativo siempre, que cada edición intenta sobrealzarnos con noticias y rumorologías cortesanas de nula resistencia sociológica, en el pelmazo recurso de elevar lo obvio a suprema categoría periodística -elevarlo al cuerpo más estridente- o en ese continuo traficar con acontecimientos de quita-y-pon derivados del mito funerario del centralismo de lo político.

Esa clase de actualidad, la propiamente dicha por aquí, la que maneja el quiosquero y entusiasmo a los desgarradores articulistas de la transición -toda una categoría profesional la de estos castizos apocalípticos transicionales, incluso todo un género literario que en su día será necesario proteger adecuadamente, para evitar un brusco incremento en las estadísticas de paro cuando la coartada de la inmediatez se acabe-; es actualidad que dice mucho y mal acerca de ciertos políticos y periodistas españoles surgidos del consenso y que viven de trabajar «full time» la disuasión, pero que no dice absolutamente nada del mundo exterior. Son informaciones que nos hacen conocer gentes, pero no ideas. Es un sensacionalismo que ni siquiera es amarillo, sólo caqui.

Para ojear los signos del presente hay que olvidarse de esa parte del quiosco donde cuelgan las jetas famosas y fechadas y mirar sin complejos

hacia la zona por donde asoman las tetas anónimas y sin fechar. Hay que elegir, qué se le va a hacer, entre esa monótona oferta de simulacros de la actualidad, que nacen de exprimir el seco limón de la centralidad de lo político, y la nada desdeñable muestra de las variadas actualidades simuladas.

## El quiosco de la ciencia

De pronto, un día, puedes descubrir algo interesante. Por ejemplo, que esa zona tradicionalmente maldita del quiosco ha dejado de tener relaciones con la literatura, si hacemos excepción de la pornografía y los tebeos duros. Revistas, fascículos, folletos, libros, divulgaciones que en el índice de materias del ISBN sólo cabe



Los artilugios de moda, los pasatiempos de masas, han dejado de ser de letras: los juguetes de masiva aceptación se derivan ahora de la informática, de las nuevas tecnologías electrónicas y ópticas.

catalogar en los apartados de «ciencias naturales», «ingeniería» y afines. No sostengo que la cada día más efímera actualidad política deba ser clasificada en el apartado de «letras», sino que el otro lado del quiosco está siendo colonizado por las «ciencias».

Hago un esfuerzo memorístico. Por allí cuelgan *Mundo Científico*, *Chip*, *Muy Interesante*, *Investigación y Ciencia*, fascículos de Zoología, Botánica, Ingeniería Mecánica, Medicina y Aeronáutica, mensuales ecológicos, agrónomos y jardineros, *Hi-Fi*, *Cómo funciona*, *Video Actualidad*, *La saga del video*, *Video*, *Allien*, *Electrónica*, *Hifmania*, *Mundo Electrónico*, *Elektron*, *Algo*, *La Electrónica*, *Informática*... y lo que se me olvidará.

Noticias procedentes de la otra orilla (Columbia Journalism Review) informan que cada mes se venden en la Metrópoli dos millones de ejemplares de revistas científicas, y que cada cinco meses surgen en el

mercado estadounidense dos nuevos títulos. *Science 82*, *The Sciences*, *Discover*, *Science News*, *Science and Living Tomorrow* y *Science Digest* son algunas de estas nuevas publicaciones, al margen de las veteranas y millonarias *Scientific American*, *Psychology Today* o *Smithsonian*. Incluso el grupo *Penthouse* mantiene desde 1978 la revista *Omni*, con más de 800.000 compradores, uno de los productos más lucrativos del imperio couché de Bob Guccione, el hombre que le quitó el sueño y el monopolio erótico a Hugh Hefner, el de los conejitos (el *Playboy*, por ejemplo, cuelga en el quiosco del lado de la vieja actualidad). Todo lo cual quiere decir dos cosas, por lo menos: que no es producto del azar este súbito paso del quiosco de la esquina -de medio quiosco- a la rama de ciencias -hecho cultural no sólo espontáneo, sino conflictivo con la muy literaria mentalidad cultural dominante, como luego tendremos ocasión de reir- y que, como señala la Metrópoli, dicha tendencia irá en aumento.

## Bit, chip, mic

Pero no sólo ha variado el paisaje del quiosco de Prensa, con todo lo que esto implica de cambio de actitudes consumistas y de ocio. La escenografía cotidiana -para seguir paseando aceras-

también refleja el fenómeno de la progresiva invasión científica y tecnológica. Los *gadgets* de moda, los pasatiempos de masas, también han dejado de ser de letras. El cubo de Rubik, el videojuego, el estéreo portátil, la calculadora de bolsillo y el ordenador familiar que se avecina, que por lo menos ya se anuncia profusamente en los periódicos de la mañana.

Es decir: «comecocos» procedentes de la lógica tridimensional. Máquinas de matar marcianos surgidas de la segunda generación electrónica, pluriprogramables, dotadas de un sofisticado microprocesador capaz de retener informaciones prácticamente ilimitadas, sumamente complejas: no es el tipo más hábil quien alcanza el récord semanal, como ocurría con el flipper, sino el que mejor logra decodificar el programa del pequeño cerebro electrónico que funciona con cinco duros. Microordenadores y cal-



culadoras individuales de bajo coste, cuya pastilla minúscula de silicio reúne varios centenares de elementos lógicos de gran velocidad, o varias decenas de millares de elementos lógicos lentos, que pueden realizar no sólo pasatiempos matemáticos o tareas domésticas, sino toda clase de funciones lógicas complejas, como registro de acceso en serie o en paralelo, memorias de varios miles de bits, etc.

Juguetes de masiva aceptación derivados de la informática, las nuevas tecnologías electrónicas y ópticas, y soportados por materiales, qué se le va a hacer, que ya nada tienen que ver con la madera y la metalurgia, ni siquiera con el plástico: el silicio, las fibras de vidrio, las burbujas magnéticas.

Nuevo paisaje de lo cotidiano y de lo lúdico dominado por los verdosos caracteres de las pantallas cibernéticas, el logotipo universal de los indicadores digitales, el hiperrealista sonido del estéreo, los negros fondos infinitos del espacio sideral, el vértigo del tiempo real de respuesta, la transmisión numérica, las sendas binarias que se bifurcan hasta la extenuación lógica (extenuación nuestra, no de la máquina), el jardín laberíntico de los circuitos integrados, la barroca arquitectura (móvil, mueble, ubicua) de las redes telemáticas, el parentesco cada vez más carnal con las videoterminals inteligentes. La ética del *bit*, la estética del *chip*, la dietética del MIC.

## Del libro de bolsillo a la tecnología de bolsillo

La era del libro de bolsillo, signo cultural de la segunda revolución in-

dustrial, la de la civilización de consumo, está siendo sustituida por la era de la tecnología de bolsillo. Y no sólo por la avalancha de divulgaciones y vulgarizaciones científicas que el quiosco registra, sino por el tamaño y autonomía de estos objetos complejos: la calculadora de bolsillo, el ordenador de bolsillo, el estéreo de bolsillo, la televisión de bolsillo, la telemática de bolsillo...

El quiosco, el ocio, las modas, los chismes, los mitos y las liturgias callejeras de la modernidad empiezan a ser de ciencias. Naturalmente, esta mutación también se observa en el aparato metafórico de ciertos escritores que no temen asomarse al exterior de esa actualidad de lo obvio, caqui y encima tautológica, consensuada y disuadida. Se abandona la tropología derivada de las fiebres lingüísticas para acogerse al intríngulis bioinformático. Ya no es asunto de significado y significante, diacronía y sincronía, sintagma y paradigma... Ahora es portabilidad y compatibilidad, software y hardware, transmisión numérica y analógica, entropía y neg-entropía, logicial y exponencial, unidad de entrada y de salida, MODEM y ADN. Huyen los nuevos intelectuales del modelo científico lingüístico, totem alrededor del cual habían estado danzando durante la década de los 60 por prurito de combinar la ciencia con la literatura, en un esfuerzo desesperado por salvar la marca sagrada de la *escritura*, y se convierten a la religión bioinformática. Seducidos, creo yo, no tanto por el rigor indiscutible del modelo de recambio (los graves caminos inciertos del ADN contra los alegres desfiladeros del significante que no llevan a parte alguna), como por el atractivo

de esa complejidad filosófica, sociológica y antropológica que se infiere de los conocimientos biológicos, químicos, físicos o informáticos; y claro está por la revolución social y económica, política por tanto, que implican en sí las mareantes tecnologías que no cesan.

## Literatura vaporosa

Resulta demasiado fácil, sin embargo, ironizar a costa de este giro metafórico en el discurso de ciertos escritores en candelero. Sobre todo, si la reducción intenta hacerse desde los presupuestos cochambrosos del humanismo literario decimonónico, como en este país no sólo es costumbre académica, sino de buen tono mundano y garantía de éxito en las tertulias y las gacetillas, esos dos espacios donde a diario se juega la cultura española.

Hace medio siglo, Whitehead dijo que «la ciencia todavía es más cambiante que la teología». Después del Vaticano II, el diálogo marxismo-cristianismo, el regreso al integrista y otras estrategias por el estilo, en un esfuerzo agotador para no perder clientela, la comparación célebre del filósofo resulta hoy demasiado favorecedora para la teología. Y no porque las ciencias de estos últimos 50 años no hayan evolucionado al mismo ritmo que la teología —lo cual es toda una comparación—, sino porque ya nadie defiende el carácter absoluto, eterno y redentor de la ciencia, como ocurrió a finales de siglo. Mejor dicho, sólo nuestros queridos hombres de letras siguen hablando en términos teológicos del asunto. Ya comenté en otro lugar que esos intelectuales españoles que siguen estimando el modelo literario decimonónico —preferentemente el novelístico— como la forma hegemónica de sabiduría y conocimiento del mundo exterior, la filosofía más perfecta de las posibles, el discurso en el que, según ellos, todavía se habla y reconoce la sociedad de hoy, son gentes encantadoras extraviadas en los inicios de la primera industrialización. No es que desprecien en términos absolutos la ciencia y la técnica, como por ahí fuera se les critica, es que no han pasado de la máquina de vapor, la electricidad o el motor dinamo, es decir, siguen aferrados a la metáfora de la mecánica primitiva, la que procede del XVII, que, como es bien sabido, deriva todas las cosas a fuer-

# EL QUIOSCO DE LA CIENCIA BARATA

zas y movimientos lineales (de ahí esa curiosa pasión incontrolada por la linealidad de las prosas narrativas). Son *ludites* y *saboteurs* de las nuevas tecnologías complejas, no de la ciencia antigua, del viejo paradigma que hace décadas que se fue a hacer puñetas. De ahí esas literaturas de válvulas de escape, inercias, resistencias, pulsiones, correas de transmisión, ejes, chispa en ocasiones, muelle, cigüeñal y humos, muchos humos decimonónicos.

Es un problema de tráfico y velocidad, a fin de cuentas. Se mofan —tal es el verbo— con superioridad cultural de los que transitan por las vertiginosas sendas binarias, las intrincadas rutas metabólicas y las laberínticas selvas de los hemisferios cerebrales (por cierto, los únicos territorios que en el planeta aún permanecen vírgenes, los únicos, por consiguiente, donde es posible la aventura), pero lo hacen desde la ventanilla de un vaporoso tren de cercanías que marcha con el proverbial retraso sobre el horario histórico previsto, en una sola dirección y por un ancho de vía inaceptable en Europa.

## La muerte del intelectual de letras

El síntoma va más lejos, no sólo es cuestión de cambio de metáforas en el discurso de la modernidad, y no exclusivamente del intelectual, que también andan las parlas callejeras lo que se dice bien informatizadas últimamente, seducidas por esa zona del quiosco que no mantiene tratos con la actualidad de mírame y no me toques. Más significativo que todo esto es el fenómeno de la desaparición del *intelectual universal* de la escena de lo social, lo político y lo cultural; y su progresiva sustitución por lo que Foucault llama *intelectual específico*. O para decirlo como ahora me interesa: es el paso que va del intelectual como *hombre de letras*, especialista en todo y en el todo, en vagos saberes sin límite, al intelectual como *hombre de ciencias*, especialista en una sola rama del saber, generalmente relacionada con la biología, la química, la física o la cibernética.

Ha dejado de ser el *literato* portador de significaciones y valores identificables, el guía cultural. Esa función la cumple ahora el *sabio*. Sartre fue el último de esos grandes intelectuales surgidos de las humanidades clásicas, del gusto artístico-literario, conciencia crítica y universal de su tiempo, militante contra todas las injusticias de la humanidad. La figura del intelectual

nuevo no procede del gremio de los escritores (la escritura ha dejado de ser el espacio de lo sagrado, la suprema instancia del discurso social y de lo social); ese mismo papel de Pepito Grillo lo desempeñan ahora los *batas blancas*. Se han interrumpido aquella tradición intelectual que llegó hasta Sartre desde la ilustración. Es la tradición que se inaugura en Darwin, sigue con Oppenheimer y Einstein, a partir de la segunda guerra mundial, la que se ha impuesto a la chita callando; y llega los Jacob, Monod, Ochoa, Laborit, Mayr, Cerdón, Luria, Simpson, Jacquard... para citar a vuelapluma no sé si a los mejores desde el punto de vista de sus respectivas disciplinas, sino sólo a algunos científicos más o menos populares que, de hecho, ejercen tareas típicamente intelectuales, incluso implicados en la crítica política y cultural. Como dice Foucault, existe todo un estudio a hacer sobre el *Dissent* científico en Occidente y en los países socialistas desde 1945; investigación fundamental para conocer la creciente y decisiva influencia del hombre de ciencias en la sociedad contemporánea: «La figura en la que se concentran los prestigios y las funciones del nuevo intelectual no es ya el *escritor genial*, es el *sabio absoluto*; no aquel que lleva sobre sí mismo los valores de todos, se opone al soberano o a los gobernantes injustos, y hace oír su grito hasta en la inmortalidad: es aquel que posee con algunos otros, estando al servicio del Estado o contra el Estado, poderes que pueden favorecer o matar definitivamente la vida. No más cantor de eternidad, sino estrategia de la vida y de la muerte. Vivimos actualmente la desaparición del *gran escritor*» (M. F. *Microfísica del poder*).

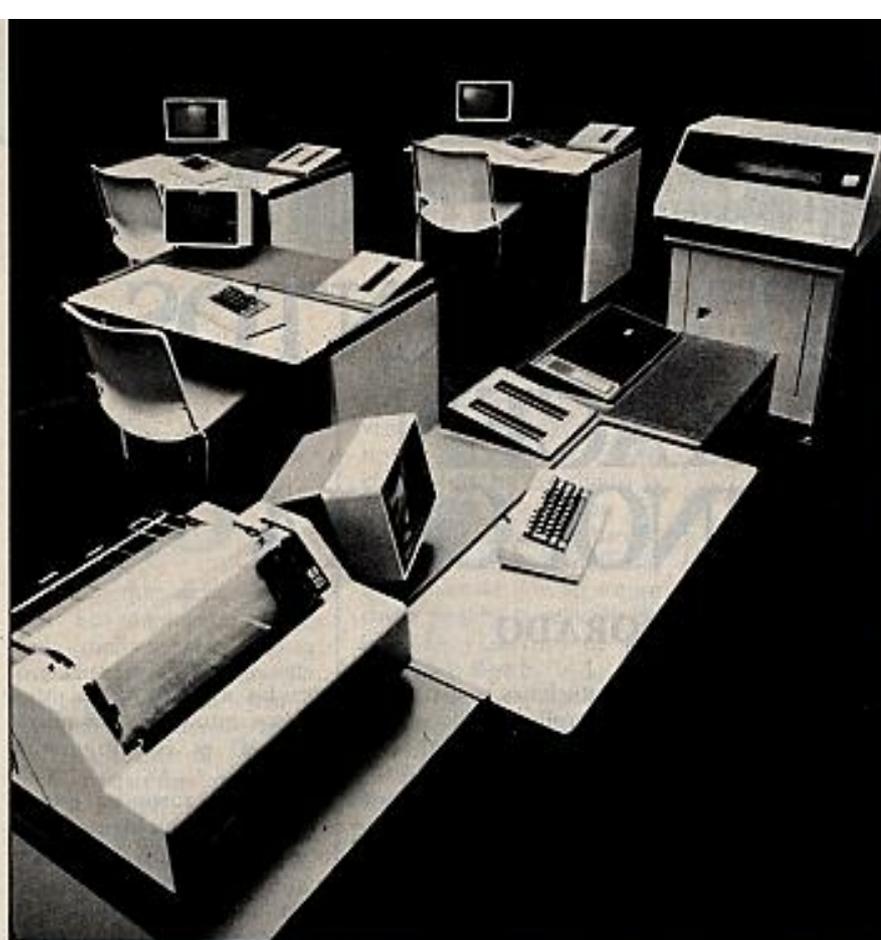
## Bajo el signo de Bio

Esta desvalorización del hombre de letras en el mercado de la cultura y de la influencia explicaría en parte el progresivo interés por las disciplinas científicas que manifiestan los huérfanos de Sartre. Sociólogos (Edgar Morin), economistas (Jacques Attali), psicólogos (Serge Moscovici), filósofos (Michel Serres), lingüísticos (Sebeok), antropólogos (Piatelli-Palmarini), etc., colocan sus investigaciones (no sólo sus metáforas) bajo el signo de Bio: la bioinformática, la biotecnología, la biomasa, la bioquímica, la bioantropología, la sociobiología, la bioenergética... Saben que para seguir ejerciendo la función

de intelectuales en la sociedad actual no basta con saber contar historias, emociones, es necesario saber contar ideas. Y, querámoslo o no, las ideas en las que se expresa y reconoce el mundo en las postrimerías del siglo son de ciencias sigamos diciéndolo así, como en el bachillerato. Por eso la filosofía contemporánea sólo tiene sentido como *filosofía de la ciencia*, y por eso mismo, también, la mayor parte de las actividades humanísticas tradicionales, las más escandalosamente literatas, intentan revestirse de seriedad a costa del nuevo signo de los tiempos: ciencias de la educación, ciencias de la información, ciencias de la cultura, ciencias de la historia, ciencias, incluso de la literatura.

Naturalmente, no escribo este comentario desde el lado de la ciencia. Soy un gran inculto de esta compleja cultura. Pero tampoco oso hacerlo en contra, como es tan corriendo y celebrado en este país. Sólo constato con curiosidad periférica un fenómeno que puede observarse directamente en los quioscos de prensa, en los ocios de masas, en las figuras de estilo de moda o en el notorio deseo de «reciclaje» de algunos antiguos militantes de la sabiduría literaria. Es decir, en la calle. Lo que parece evidente es que nos encontramos ante un nuevo *hecho de civilización* provocado por el avasallador desarrollo de la ciencia y la tecnología en estos cuarenta o cincuenta últimos años. Estamos irremediamente afectados por el nuevo espíritu científico, que enriquece nuestro conocimiento del universo y las posibilidades de liberación humana, pero que también puede provocar servidumbres nefastas. La parcelación de los saberes en compartimentos cerrados, la disyunción entre las ciencias de la naturaleza y las «ciencias» del hombre, la manipulación política y económica de los saberes científicos y de las tecnologías por los poderes, en primer lugar por el Estado, o la enorme potencia destructora intimidadora que pueden significar ciertos avances, son algunos de estos riesgos. El mayor de todos, sin embargo, es, como señala Morin, el que los poderes creados por la actividad científica escapan totalmente a los mismos científicos. O con otras palabras: en el seno de la Institución científica suelen reinar las más anti-científicas de las ilusiones, por la ausencia de una teoría del quehacer de los *batas blancas*.

Pero precisamente porque la experimentación científica implica, a la vez, sabiduría de unos e ignorancia de los no iniciados, desarrollo benéfico de la



*«Ha dejado de ser el literato portador de significaciones y valores indetificables, el guía cultural. Esa función la cumple hoy el sabio.»*

alimentos, enzimas y vacunas sintéticas; de la recuperación de desechos por microorganismos para producir proteínas y energía, de la industrialización de la recogida y tratamiento de los nódulos polimetálicos de la explotación de los hidrocarburos de los océanos y yo qué se cuántas posibilidades por el estilo. Sin contar con la posibilidad de nuevos empleos que pueda generar la informática, las telecomunicaciones, las bio-industrias, la electrónica y lo que vendrá.

## Calle de ciencias, mentalidad de letras

La calle empieza a ser de ciencias, y por libre. La mentalidad del país, la oficial y la intelectual, sigue siendo de letras. El problema principal, naturalmente, es invertir en investigación a ejemplo y escala de los franceses, que pretenden elevar los gastos de la investigación científica a un 2,5 por ciento del P.I.B. en 1985. Pero también es un problema de cultura. Mal pueden los poderes (incluyo aquí, claro, a la oposición) comprender que para despegar económicamente y solucionar el paro es necesario, como en cualquier otro país de la misma envergadura industrial, desarrollar industrias de alta «densidad tecnológica», si seguimos creyendo que eso de la ciencia y la tecnología es algo que está junto a la pornografía en el quiosco. Desconozco si tenemos buenos o malos investigadores, laboratorios competitivos o ideas que vender. Sólo sé que no tenemos esa necesaria mentalidad para enfrentarnos al nuevo hecho de civilización surgido de la revolución científico-tecnológica. Llevamos un año entero llorando de un golpe de estado chapucero y frustrado, después de haber estado toda una democracia —porque seis años son toda una democracia— hablando del futuro en términos agoreros y patéticos, como sólo nosotros sabemos hacerlo. Preocupa más al intelectual español el gesto equivocado de un militar de regular graduación, o el rumor de pasillo parlamentario del pleno, que el progresivo, pero acelerado e irrecuperable desfase científico y tecnológico. Eso es lo que yo llamo una típica mentalidad de letras. La ciencia a un lado, al otro España, y allá enfrente, la zanahoria del 23-F. Acabaremos viviendo de comer sopa de letras, intelectual ludita a la plancha y tejeritos de mazapán de postre. Ay, si no fuera de ciencias la de cosas que podría escribir. ■ J.C.

humanidad y nuevas posibilidades de catástrofe, liberación y servidumbre, parece recomendable no adoptar aquí la táctica del avestruz en nombre de la vieja idea literata del mundo y del saber. Y eso es lo que justamente ocurre por parte de nuestros queridos *intelectuales*, que alarman a la opinión pública de las diabólicas tecnologías que nos acechan por exclusiva razón literaria, como si la informatización de la sociedad fuera un complot siniestro contra el arte de escribir novelas o versos, o la ingeniería genética tuviera como perverso objetivo el asesinato de las musas.

## Los apocalípticos caseros

No es casualidad que mientras en Francia, Italia, Alemania y Estados Unidos, para citar ejemplos concretos, los humanistas de los años sesenta intentan reconvertir sus saberes literarios en científicos, como era caso de los nombres anteriormente citados, aquí ocurre el fenómeno contrario: los filósofos se transforman en novelistas y poetas. Ignoro si esto es bueno o malo, pero desde hace unos años el destino de nuestros intelectuales universales —incluso también a economistas, periodistas, historiadores, sociólogos y antropólogos— parece ser lo narrativo. Lo que tampoco se a decir verdad es si esta huida hacia el gusto artístico-literario ha de interpretarse como una retirada estratégica en vista de la complejidad que se deriva del nuevo hecho de civilización que se

respira por todas las esquinas de la ciudad, o es que aquí todavía seguimos analogando al intelectual con el novelista, como ocurría en la sociedad dionisiaca. En cualquier caso, la oposición ciencia/literatura es una falacia, por no decir es una estupidez mayúscula. Sucede precisamente todo lo contrario a lo que temen los apocalípticos caseros: el relevo del literato por el sabio, del escritor genial por el científico en la tarea intelectual, libera a la literatura de su engorrosa y pelmazosa función de subsidiariedad política, social, filosófica, denunciadora, testimonial. La literatura se intransitiva y por fin puede ser lo que siempre soñó y por lo que siempre nos sedujo: sólo literatura. Que critiquen ellos.

## El nuevo colonialismo

Claro que el problema que suscita la ciencia y las nuevas tecnologías tiene en España repercusiones bastante menos anecdóticas que las meramente novelísticas o poéticas. Por ejemplo: el surgimiento de un nuevo colonialismo de los de antes de la primera guerra mundial. No hace falta ser un linde económico para saber, pongamos por caso, que de aquí a cinco años la factura informática dejará en ridículo a la factura del petróleo. O que el futuro de la agricultura, de la ganadería y la pesca, de la alimentación en general, dependen de la microbiología aplicada, la ingeniería genética, la biotecnología o la acuicultura, es decir, de la producción de nuevos abonos y